



♦ **HACE UN AÑO**

Bienvenidos al volcán

Los Llanos de Aridane acoge del 26 de septiembre al 1 de octubre la IV edición del Festival Hispanoamericano de Escritores

NICOLÁS MELINI

Dentro de unos días celebraremos el IV Festival Hispanoamericano de Escritores, entre el lunes 26 de septiembre y el sábado 1 de octubre. Se trata de la edición cuarta que precisamente hubo de aplazarse debido a la erupción volcánica de la que se cumple ahora exactamente un año. Será un Hispanoamericano propio de un tiempo post erupción en el que los palmeros intentamos recuperar, en la medida de lo posible, lo perdido, siendo que las enormes pérdidas materiales bajo las coladas de lava y ceniza no podremos traerlas ya de vuelta.

Un año después, la consigna es recuperarnos, superar el duelo más o menos profundo en cada caso, seguir adelante, que la crisis volcánica sirva como revulsivo hacia el futuro. En el Hispanoamericano, esto lo llevaremos a cabo con México como país invitado, veinte autores mexicanos en representación de un país, el suyo, también volcánico, amén de peligrosamente sísmico, y gran referente de la creación literaria en español.

Por ello traemos a estas páginas un fragmento significativo de las *Crónicas del volcán* del poeta Jaime Sabines, con introducción de Hernán Lara Zavala, uno de los escri-



LA IMAGEN QUE APOYA GRÁFICAMENTE ESTE ESPECIAL ES UN CUADRO DEL ARTISTA MEXICANO RODRIGO PIMENTEL

QUE LLEVA EL TÍTULO DE 'POPO 2' (2001). EL TRABAJO DE PIMENTEL FORMA PARTE DE LA COLECCIÓN

PERMANENTE DEL MUSEO DE ARTE MODERNO DE LA CIUDAD DE MÉXICO.

tores mexicanos que se encontrarán en Los Llanos de Aridane en unos días. *Crónicas del volcán* es en efecto una crónica de primera mano, en su caso de una erupción mexicana, la del volcán El Chichón, ocurrida del 28 de marzo al 4 de abril de 1982, que obtuvo un gran número de víctimas mortales. Y tengo entendido que se trata del único texto en prosa que el gran poeta Sabines publicó, y además lo hizo en los papeles de un periódico como este, poco después de la erupción.

La erupción palmera ya ha dado los primeros textos literarios de personas que la han sufrido, en algunos casos afectados directos por pérdidas materiales cuantiosas. La poeta Lucía Rosa González ha publicado *Diario de un volcán*, en edición bilingüe español-alemán a cargo de la



PORTADA DE LA EDICIÓN BILINGÜE (ESPAÑOL-ALEMÁN) DE 'DIARIO DE UN VOLCÁN', DE LUISA ROSA GONZÁLEZ.

editorial Konkurbuch Verlag Claudia Gehrke y con fotografías de Sarai Pais. Se trata de un diario del que la revista digital *Zenda* publica en

estos días un fragmento.

Por otro lado, cabe destacar que el poeta Ricardo Hernández Bravo ha publicado *Vivir sobre el volcán*, con imágenes del también poeta Coriolano González Montañez y en edición cartonera. El narrador Luis León Barreto ha presentado el libro *El volcán y otros cuentos*, en edición del Cabildo Insular de La Palma y el Centro de Cultura Popular Canaria y Alberto Vázquez Figueroa la novela *Cumbre vieja* (Kolima, 2022).

Y esto ha sido tan solo en el primer año tras la erupción, pero no ha sido lo único, aún se ha publicado al menos un libro que recoge algo de literatura sobre el volcán y otros tres con fotografía, datos día a día o el testimonio directo de afectados: *Más fuertes que el volcán: La Palma*, en edición de Geo-

planeta, surge a partir de las fotos del fotógrafo palmero especializado en paisaje Abián San Gil, pero además contiene textos de Elsa López, María Sánchez y Ander Izaguirre. También la editorial Konkurbuch Verlag Claudia Gehrke ha publicado en edición bilingüe español-alemán el testimonio, recogido a diario en un blog durante la erupción, de la residente alemana Gudrun Bleyhl, con el título de *Edad de lava*, mientras que otro residente, este a 3 kilómetros de la erupción, el suizo Roger P. Frey, autopublicó en Amazon las versiones en alemán y en español de *Erupción volcánica*. Finalmente, Manuel Mora Morales ha auto publicado en Amazon *El libro del volcán de La Palma* y *Diario del volcán de Cumbre vieja*.

No todo lo contenido en estos libros son expresiones literarias, como sí lo son el texto de Sabines o la narrativa volcánica colombiana que, para este número de *El Perseguidor*, hemos pedido que nos glose al extremeño-colombiano Antonio María Flores. Es cierto que posiblemente sea demasiado pronto y las expresiones literarias sobre esta erupción histórica aún requieran algo de perspectiva y tiempo.

En este número el escritor mexicano Alberto Ruy Sánchez refiere los números de la revista *Artes de México*, que edita, dedicados a los volcanes, y el lingüista Francisco Javier Pérez nos habla de la relación entre dos grandes de las letras mexicanas y venezolanas: Andrés Bello y Alfonso Reyes.

La poeta tinerfeña María José Alemán nos presenta un texto de creación sobre el volcán de La Palma, textos que sirven de preludio del Festival Hispanoamericano de Escritores que tendrá lugar en Los Llanos de Aridane dentro de una semana, como un grito por la maltratada libertad de expresión —en México no dejan de morir periodistas—, que además será un sonoro, soberano “Bienvenidos al volcán” ■

♦ HACE UN AÑO

Crónicas de dos volcanes

“Es curioso pero el dolor hermana más que el placer”, asegura el autor de ‘Viaje al corazón de la península’

HERNÁN LARA ZAVALA

En agosto del año 2021, ya todo preparado y listo para realizar el “Cuarto Festival Hispanoamericano de Escritores” en La Palma, en las Islas Canarias, dedicado a México, el volcán de Cumbre vieja se opuso y se declaró en erupción. Y digo se declaró porque fue tan súbito como si se tratara de una huelga cósmica. No era nada contra el Festival ni mucho menos contra México: era un simple pero complejo e impredecible fenómeno natural en zonas volcánicas que de pronto se manifestó como una conjura: las luces centellearon sobre los cielos, los ríos de lava brotaron y se desbordaron cuesta abajo por la isla: lluvias de piedras y ceniza se precipitaron e iluminaron y nublaron durante 85 días y 8 horas y la

tranquilidad de la magnífica “Isla Bonita” que se vio oscurecida por un fenómeno natural y reincidente en nuestro planeta así como tantos otros a lo ancho y largo de todo el universo. A su paso arremetió y arrasó caminos, comunidades, casas, naturaleza, animales pero sobre todo el ánimo de la propia gente de la isla que tuvo que huir despavorida, muchas veces perdiendo propiedades, pertenencias, afectos, recuerdos e identidad.

Es curioso pero el dolor hermana más que el placer. La tragedia y la desgracia tienen la cualidad de unirnos como humanos más que la alegría y el goce: existe un efecto catártico, de redención, de humildad, de aceptación y solidaridad frente al dolor irremediable y ante la desgracia cósmica que, como en la buena literatura,



LA IMAGEN CORRESPONDE A UNA OBRA PICTÓRICA DE DR. ATL, PSEUDÓNIMO DEL PINTOR Y ESCRITOR GERARDO MURILLO CORONADO (GUADALAJARA, JALISCO; 3 DE OCTUBRE DE 1875 - CIUDAD DE MÉXICO; 15 DE AGOSTO DE 1964).

nos mueve a la aceptación del destino, de los desastres e infortunios no buscados ni merecidos sino que, como en *El Libro de Job*, no nos queda más remedio que la aceptación para admitir: “Díomelo Dios y Dios nos lo ha quitado”. ¡Alabado su nombre sea!”

Tal vez por eso, cuando a través de las noticias me enteré del desastre que había asolado

a La Palma, me vino de inmediato a la mente la crónica que escribiera uno de nuestros más grandes poetas mexicanos del siglo XX, Jaime Sabines, cuando hizo erupción el volcán “Chichonal” en Chiapas, su estado natal, el 4 de abril de 1982, casi cuarenta años antes de la erupción en La Palma. Las comparaciones suelen ser odiosas pero ello no

quita que, en ocasiones, mitiguen el dolor y nos permitan una mejor comprensión entre los seres humanos ante las desgracias.

Fue así que, como acto reivindicatorio y de solidaridad con los colegas de La Palma decidí enviarle a Nicolás Melini y su esposa Montaña la crónica de Sabines, para que, a través de ellos, la difundieran entre los amigos más cercanos: Manolo Concepción — que me mantuvo siempre informado sobre la situación y el avance de la erupción—, Elsa López y su entrañable esposo, el capitán Manolo Cabrera, Anelio Rodríguez Concepción, Juancho Armas-Marcelo y demás colegas y amigos canarios. Tal parece que la crónica de Sabines resultó una especie de bálsamo en plena erupción pues al menos nuestros amigos de la isla la leyeron en voz alta, como si fuera una especie de plegaria o jaculatoria.

Presento aquí una breve selección de la crónica de Sabines, titulado *Crónicas del volcán*, que tuve el honor de publicar en la UNAM en 2002 y que mi colega y amiga Socorro Venegas tuvo a bien reeditar en 2021 ■

Fragmentos de ‘Crónicas del volcán’

JAIME SABINES

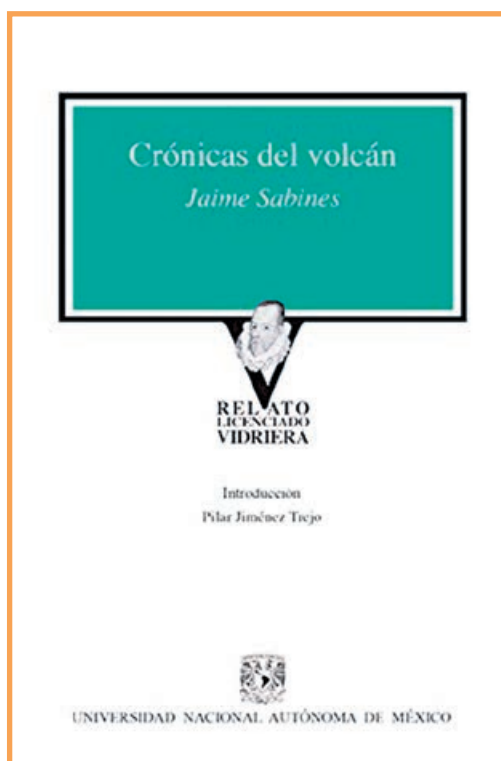
“El volcán hizo erupción a las diez de la noche. Empezó arrojando piedras y arena, vapores, gases, ruidos tremendos. Los habitantes de Francisco León no estaban durmiendo: les había llegado el espanto desde antes, por los temblores, las fumarolas, el escándalo que había debajo de la tierra.

“Ha de ser como el fin del mundo. Es, en realidad, el fin del mundo. Uno piensa en la

“cólera de Dios”, pero ¿por qué se encabrona Dios con esta pobre gente?

“Llueven las piedras. En vez de agua caen piedras, grandes y pequeñas, arena gruesa, piedras molidas, la piedra pómez, que es la espuma de la roca hirviendo, un aguacero de piedras, piedras que perforan las láminas de zinc, arenales sobre los techos que caen, granizada mineral y caliente.

“Yo me metí con mis dos muchachitas debajo de la mesa. Le puse un colchón



PORTADA DEL LIBRO ‘CRÓNICAS DEL VOLCÁN’, DE JAIME SABINES (TUXTLA GUTIÉRREZ, CHIAPAS, 1926-CIUDAD DE MÉXICO, 1999).

encima y los trapos que encontré. Por eso vivimos”, dice una anciana robusta, despeinada, locuaz.

“Primeramente nos refugiábamos todos en la iglesia, pero cuando empezó a tronar y a caerse el techo, salimos corriendo y nos tapamos con lo que pudimos, cada quién”, decía otra.

“Sáquenos ya de aquí, ¡qué joder! Siquiera donde haya un camino para seguir a pie”. Esto lo gritaban todos.

“Llegamos a las once de la mañana del día siguiente al 29. Y la mayor parte de los hombres, jóvenes y viejos, estaban borrachos. Y seguían bebiendo...”

“Hemos perdido la fe en don Federico, el vulcanólogo. Nos dijo que lo peor había pasado, que de ahí en adelante todo iba a ser tranquilo.

“Yo hice las cuentas muy ufano. A 20 kilos de promedio por metro cuadrado, el volcán habría arrojado el primer día 200 millones de toneladas de arena. ¿De dónde había sacado tanta? No era posible que arrojara más.

“Pero el sábado en la noche, a los seis días de su nacimiento, volvió a hacer de las suyas, esta vez con más fuerza, con abundancia, con terrible generosidad.

“Un espectáculo inicial de luz y sonido, miles y miles de rayos entremezclados, horizontales, verticales, diagonales, relámpagos que salían de la tierra en columnas esbeltas a cinco o seis kilómetros de altura; todo esto en un principio sobre el cráter, luego extendiéndose, aumentando su área, agrandándose, amenazando con llegar a Pichucalco,

Dos volcanes en Artes de México

ALBERTO RUY SÁNCHEZ

Para los mexicanos, los volcanes son una presencia que tiene muchos rostros, amenazas, historias y mitos. Se registran cerca de dos mil volcanes muy antiguos y una docena más recientes. No es extraño que en varios siglos sean ya cientos los artistas que pintan volcanes, algunos como su único tema, los poetas que nos cuentan con elocuencia su asombro ígneo, los fotógrafos que los documentan y las civilizaciones antiguas que los veneran y los vuelven parte fundamental de sus mitologías. Más sorprendente para algunos es que los volcanes sigan teniendo hoy en día un valor sagrado fundamental en las poblaciones que los rodean y definan los roles sociales de sus líderes y la trascendencia de su autoridad. Esa realidad palpitante, a veces oculta o discreta, impregna inevitablemente la obra de los princi-

pales artistas y escritores contemporáneos. Y por eso es uno de los temas que a lo largo de los años hemos monitoreado, investigado y difundido en las páginas de *Artes de México*. Ese ámbito que hemos construido como el lugar donde se cruzan la estética y la antropología.

Artes de México es un proyecto cultural de exploración, estudio y difusión de las culturas del país, que tiene como punto de partida una estrategia editorial. Durante más de treinta años, su eje ha sido una revista-libro, *Artes de México*, que a base de monografías presenta los temas fundamentales de una especie de enciclopedia activa de lo mexicano y su creatividad. Allí se muestra todo lo que la gente hace en nuestro país y cómo y por qué lo hace, pero a partir de sus manifestaciones de extrema belleza o de gran fuerza expresiva. Uno de nuestros números está dedicado a la exploración cultural



de los dos volcanes que son protagonistas de nuestro horizonte cultural: el Popocatepetl y el Iztaccíhuatl. Es decir, “la montaña que humea” y “la mujer color nieve”. El primero, descrito así por Hernán Cortés en sus *Cartas de Relación*: “A ocho leguas de esta ciudad se encuentran dos sierras muy altas y muy maravillosas, y de la una que es la más alta sale muchas veces, así de día

EN LA IMAGEN UNA DE LAS PORTADAS DE LA REVISTA ‘ARTES DE MÉXICO’, OBRA DEL ARTISTA VICENTE ROJO (BARCELONA, CATALUÑA, ESPAÑA, 15 DE MARZO DE 1932 - CIUDAD DE MÉXICO, MÉXICO, 17 DE MARZO DE 2021), TITULADA ‘CRÁTER ENCENDIDO’.

como de noche, tan grande bulto de humo como una gran casa, y sube encima de la sierra hasta las nubes.” Todavía entonces, según el prominente filólogo del siglo XIX, Cecilio Robelo, estudioso del náhuatl, se registran rituales indígenas con ofrendas de maíz de cuatro colores arrojados a los cuatro rumbos del viento, donde cada volcán en forma de pan de maíz tenía ojos y boca y había danzas rituales y sacrificios humanos donde se destruían tanto la carencia como el exceso, el hambre y la hartura.

La continuidad sutil pero profunda con los rituales contemporáneos se sitúa en el mismo esfuerzo por vincular a la tierra con los poderes del cielo y propiciar las lluvias que multiplicarán las cosechas del maíz. El Popocatepetl, conocido por los pueblos vecinos como Don Gregorio, Don Goyo, es también el que tiene el poder de lanza las tormentas y los rayos que golpean a los campesinos elegidos para convertirse, si sobreviven, en manipuladores chamánicos de las lluvias abundantes. Gobernantes de las fuerzas

naturales que propician las cosechas y aseguran la sustentabilidad de las poblaciones. De lo sagrado a lo natural y a lo social y político hay pasos diminutos que habitan infinidad de relatos de iniciación, uno más maravilloso que el otro. Más allá de las leyendas decimonónicas que convirtieron a la pareja de volcanes en una especie de Romeo y Julieta prehispánicos, y que engendraron múltiples ilustraciones románticas de un aztequismo inventado, pariente de los actuales danzantes “concheros”, muchos artistas encontraron en el fenómeno volcánico una metáfora de las posibilidades creativas que cada uno tenía y el reto incesante de fijar con palabras o imágenes una realidad desbordante, esencialmente cambiante, inasible, trascendente. Gerardo Murillo, el dr. Atl, es el máximo exponente de esa línea obsesiva que es el rasgo primordial de su obra fabulosa y para nuestra edición, Vicente Rojo, quien más se dedicó a explorar las formas volcánicas en acero y cerámica, pintó con ceniza y óleo, nos hizo una portada de flujos de lava colorida ■

donde estábamos nosotros, sobrecojidos, paralizados, diciendo tonterías, haciendo comentarios frívolos. Durante media hora, increíble, indescriptible, aquella maravilla silenciosa, sin truenos, sin sonido alguno, aterradora, fácil, sencilla. (¿No éramos entonces, iguales a los hombres primitivos, a los primeros pobladores de la tierra, igual de inermes y desamparados? ¿De qué servían las teorías, las conjeturas, el escaso conocimiento, la ciencia de que presumimos y el “poder” del hombre frente a la naturaleza? O protección o fuga, es la fórmula escasa de millones de años).

“Luego llegó la pedriza, esta sí con ruido, la granizada tamborileando los techos, los vehículos, la gente aterrorizada, la noche que no encuentra al día.

“Tenemos que echarle la culpa a don Federico. Si es posible lo arrojaremos al cráter por mentiroso, por vulcanólogo pendejo que no sabe nada.

Tenemos rencor de tener miedo, de estar asustados, ni modo...

No he podido dormir pensando en aquellos, los de Francisco de León.

“Parece que primero fueron gases, nubes de fuego, nubes ardiendo que quemaban todo. Luego la caída de las piedras, de montañas de piedras y de arena caliente que no se podía tocar en tres días.

“Sepultados, amortajados en sus casas, así quedaron...

“Cuando veníamos en la carretera, dejando una cordillera de polvo a nuestra espalda, los pajaritos del

monte salían a estrellarse contra el carro o se quedaban quietos frente a nosotros para ser aplastados. Era el desorden, el caos; no habían comido ni bebido en ocho días y casi todos estaban ciegos. La arena seguía cayendo. Todo el campo era un paisaje nevado y ardiente.

Parece que primero fueron gases, nubes de fuego, nubes ardiendo

“Tal vez las lagartijas soportaron más, pero los insectos, los escarabajos, las mariposas, ¡las abejas! Todos se estaban muriendo, no había cómo sobrevivir. La ecología cambió en una buena extensión. Y no se diga

cerca del volcán, allí no quedó nada: vacas rostizadas (como dijo don Federico), perros y gatos, culebras, armadillos, tepezcuintles, lo que había sobre la tierra y en el aire, palomas, zopilotes, gavilanes. Todo lo que volaba o se arrastraba, familias humanas sepultadas, fugitivos cogidos en el monte. No quedó nada. Arenales calientes, varillas vegetales, arbustos arrancados, troncos ardiendo, arroyos desquiciados, ríos que buscaban salida, presas originales, dunas donde no había, lomeríos de reciente creación, hendeduras y grietas en los cerros, columnas de vapor...

“Claro que además del volcán están las plagas. Los que ayudan, los que socorren para retratarse, los que simulan valor y energía, los espe-

culadores, los que hacen negocios con las colectas, los simples ladrones y los periodistas.

“Pero mi pregunta es distinta: ¿Por qué se ha de medir la catástrofe con el número de muertos y no de sobrevivientes?

“Estas ocho o diez mil personas que se quedaron realmente, absolutamente, sin techo, sin tierra, sin agua, sin pobreza, ¿no son la medida exacta del desastre, la tragedia ambulante que golpea?

“Lo cierto es que El Chichón se ha quedado tranquilo. ¿Por cuánto tiempo? Nadie lo sabe. Todo vuelve a la normalidad. Sobre las ruinas, sobre los muertos, sobre las casas sepultadas y los campos yermos ya no hay nubes de polvo, baja la luz, baja la lluvia. ¡La lluvia! ■

♦ HACE UN AÑO

Evocación del volcán Cumanday (Literatura volcánica de Colombia)

ANTONIO MARÍA FLORES

Mis primeros recuerdos del volcán nevado del Ruiz, el de la tragedia de Armero, datan de mi infancia en Marquetalia. Mi casa tenía un balcón que daba a un patio interior y desde la parte más meridional se podía contemplar, en los días despejados del verano, la imponente mole del volcán con su cresta blanca que a veces se enturbiaba con altas fumarolas juguetonas que formaban figuras animales que mi imaginación creaba a su libre albedrío, según la caprichosa dirección del viento.

Los indígenas que ocupaban aquellas tierras en el siglo XVI, Quimbayas, Carrapas y Gualíes, lo llamaban Cumanday que significa “Cerro blanco”; y también Tama, que quiere decir “Padre Mayor”; o Tabuchía, que se traduce como “Candela” o “Fuego”. Yo lo conocí cuando era llamado el “León dormido”.

“León dormido” porque se sabía de su virulencia y capacidad destructiva, pero su sesteo duraba ya más de cien años y se presumía que pronto despertaría. Situado entre el Tolima y Caldas, en el

cinturón volcánico de los Andes, su cima nevada está compuesta por varias capas de lava que se alternan con otras de piroclastos y ceniza endurecida proveniente del volcán. Activo por cientos de miles de años, con una altitud de 5321 metros, ya Fray Pedro Simón (1574-1628) en sus *Noticias historiales de las conquistas de tierra firme en las Indias Occidentales* (1626), dijo de él: “Entre esta ciudad (Mariquita) y el poniente... está un volcán, el más notable de este Reino el cual es un cerro redondo nevado, altísimo...”

En los últimos cinco siglos se han identificado tres grandes erupciones que han causado devastación y enormes pérdidas de vidas humanas. En 1595, los daños de tres enormes erupciones plinianas, como las del Vesubio que destruyeron Pompeya, abarcaron un área muy extensa. El citado Fray Pedro Simón dio cuenta de su erupción ocurrida a las once de la mañana del domingo 12 de marzo, aludiendo a “tres truenos sordos, como de bombarda, tan grandes que se oyeron más de 30 leguas por toda su circunferencia, causados de haber reventado este cerro por debajo de la



FRAGMENTO DE LA OBRA ‘EL VALLE DE TENOCHTITLÁN’ (1963), DEL PINTOR, ETNÓGRAFO Y ARQUEÓLOGO LUIS COVARRUBIAS DUCLAUD (CIUDAD DE MÉXICO, 1919-1984). HIJO DE JOSÉ COVARRUBIAS, PINTOR AFICIONADO Y HERMANO DE MIGUEL COVARRUBIAS.

nieve, por el lado que mira al este y nace este río Gualí...” Las crecientes se cobraron la vida de más de 600 indígenas Gualíes, y dejaron “media legua de peñascos entre ellos uno mayor que un cuarto de casa”. En 1845, tras un sismo de gran magnitud ocurrido en la mañana del 19 de febrero, nació del volcán un flujo de lodo que descendió por el valle del río Lagunillas afectando a Armero y cobrando la

vida de más de mil personas.

En 1985, cuando estaba terminando mi carrera en Manizales, desde el barrio La Sultana donde vivía por entonces, presencié en directo la espectacular explosión del volcán a las nueve de la noche de aquel fatídico 13 de noviembre.

Nadie prestó suficiente atención a los indicios que se venían presentando desde un año antes al notar los geólo-

gos un incremento en el nivel de actividad sísmica y otros preocupantes signos posteriores. Nadie aquella noche pensó lo que podría ocurrir más tarde y las imágenes dantescas que se presenciaron por la televisión apenas amaneció. Corrientes de lodo y lahares habían arrasado con todo, destruyendo Armero y causando 23.000 muertos y otras tres mil más por la otra vertiente. Todos apoyamos como pudimos a los damnificados del desastre.

Gustavo Álvarez, en *Los sordos ya no hablan* (1991), hizo un juicio histórico a esta tragedia anunciada por él desde muchos meses antes en sus artículos periodísticos en los que denunciaba la desidia oficial y el descreimiento de todos. Octavio Hernández publicó en 1990 *La explosión del volcán*, un libro con interesantes datos históricos cargado de anécdotas, consejos y cuentos que creó el “habla popular” sobre la tragedia.

Adalberto Agudelo Duque escribió una potente historia titulada *Pelota de trapo*, que en parte está ambientada en los alrededores del volcán, mostrando las duras condiciones climáticas y emocionales de la desolación. Octavio Escobar, en *Cielo parcialmente nublado* (2013) y *Después y antes de Dios* (2014), ambientadas en la prejuiciosa Manizales con la presencia amenazante del volcán a sus espaldas ■

MARÍA JOSÉ ALEMÁN BASTARICA

Entra en erupción el televisor.

Se traga el volcán lo que se puede decir sobre el volcán.

Unas palabras densas y azabache nacen en silencio.

Palabras para negar una metáfora.

Es la paradoja del volcán.

El agujero coincide con la cicatriz, coincide la cicatriz con el agujero.

La forma original del miedo crepita en la pantalla,

mientras hago la comida, pasado el mediodía de este domingo cualquiera. En la siesta imposible, se escapa del origen la imagen del primer miedo.

Nací sobre un volcán. Olvidarlo ahora no puedo.

Saber que está dormido es como si una lo estuviera, cada vez que a la cima trepo alcanzo el sueño.

El sitio que ahora ocupa, aunque parece un acertijo, era el sitio que ahora ocupa.

Se sobrepuso el volcán

sobre el volcán.

Flamea en la pantalla y en cada resplandor, una cara, como un ser con múltiples caras.

A todas ellas le pregunto si es esa su cara. Por la noche representa, desde la mon-

taña, una ópera de Wagner. Abierto el centro de la misma tierra, para la primitiva sinfonía de cuando nacen las montañas.

Acunada por el vaivén de las olas, se mueve la cámara que graba desde la costa la llegada al mar de la lava. Unas voces en la radio, los rugidos del volcán y el ajeteo de la marea la transforman en otro ser que lo vigila.

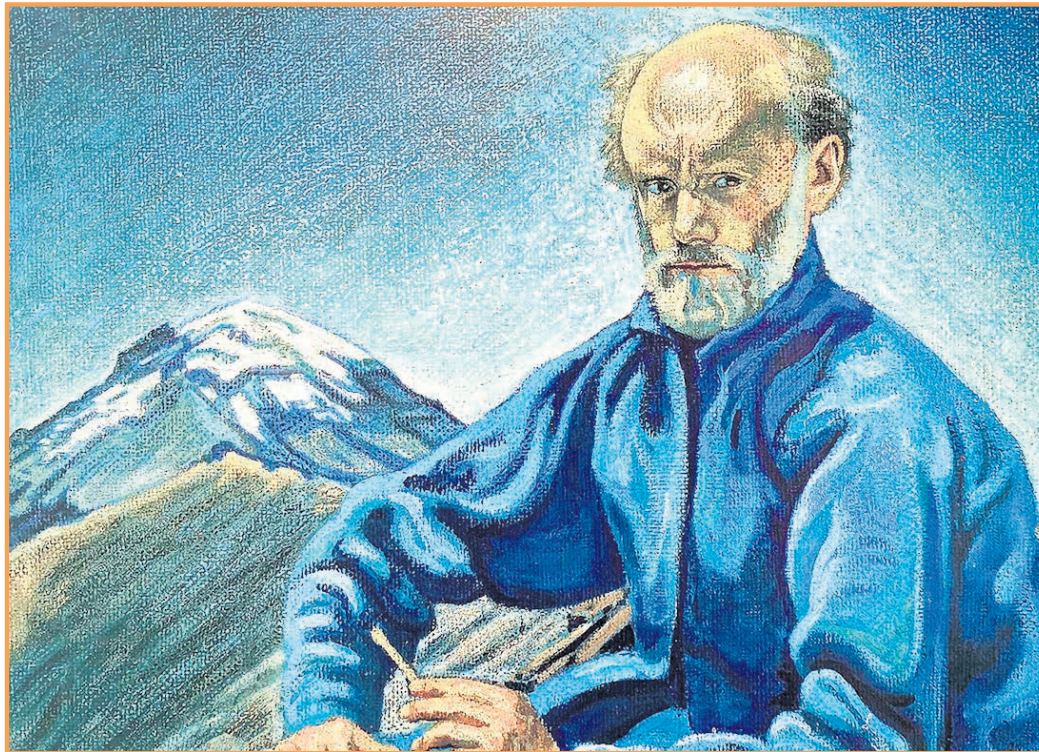
Desde el agua bosteza, en ese abandono de tiempo marino desde el que es posible creer que se puede cal-

Un principio que se parece a un final

FRANCISCO JAVIER PÉREZ

No deja de llamar la atención el constatar que en la bibliografía indirecta sobre Andrés Bello (1781-1865) no exista ni siquiera una entrada con el nombre de Alfonso Reyes (1889-1959). La lectura simple de este hecho podría conducirnos a pensar que no interesó a Reyes la figura de Bello, en ninguna de sus múltiples facetas, o que el sabio mexicano pasó de largo por un hito tan sustantivo para la comprensión de lo americano como lo fue la obra y acción del humanista mayor del continente. En sentido inverso, la bibliografía directa de Reyes no registra ninguno de sus muchos títulos al estudio y evaluación del legado del humanista caraqueño, como queda confirmado por Adolfo Castañón en su *Alfonso Reyes en una nuez. Índice consolidado de nombres propios de personas, personajes y títulos en sus Obras completas* (2018).

Contrariados por esta situación, más inquietante cuando creíamos que se trataba de un silencio deliberado por parte del ensayista, nos propusimos indagar en detalle el tema bellista en Reyes y tratar de llegar a conclusiones fiables sobre la confirmación o no de la aparente invisibilidad de Bello en el pensamiento latinoamericano del autor de



EN LA IMAGEN
AUTORRETRATO DE
DR. ATL, GERARDO
MURILLO EN UN
ÓLEO SOBRE YUTE.
EL ARTISTA MEXICA-
NO DECIDIÓ AUTOAD-
JUDICARSE EL SEU-
DÓNIMO ATL, QUE
SIGNIFICA AGUA EN
NÁHUATL Y ANTEPU-
SO EL TÍTULO DE
DOCTOR EN
FILOSOFÍA, A SUGE-
RENCIA DEL POETA
LEOPOLDO
LUGONES. FUE EL
HIJO MAYOR DEL
MATRIMONIO FOR-
MADO POR EL FAR-
MACÉUTICO
EUTQUIO MURILLO
Y SU ESPOSA ROSA
CORONADO.

Bello y Reyes

Visión de Anáhuac. Nuestra mortificación crecía cuando pensábamos en la simetría espiritual de ambas figuras y en la condición patriarcal de Bello en relación con el que pronto entenderíamos su albacea mexicano más constante.

El resultado del análisis crítico de la materia bellista en la obra de Reyes y la revisión onomástica Bello en la escritura gigantesca del

maestro pronto ilumina una parcela no estudiada: la irradiación de Bello en la literatura mexicana, la búsqueda de afinidades entre Bello y otros nombres americanos de su talla, la penetración de su figura y pensamiento en las más variadas zonas de cultura y, por último, la perennidad de un legado mental que no deja de fertilizarnos en torno al ser latinoamericano y a los enclaves de

lengua, estética y cultura que lo determinan.

Sin esperarlo y sin saberlo, y gracias a estos análisis de aproximación, se nos mostró un panorama muy diferente al dibujado por la inadvertencia. Reyes no solo se había ocupado de Bello en muchas ocasiones y conocía muy bien la obra del sabio caraqueño, sino que el nombre de Bello fue durante todo su profuso trayecto de estudioso

de la cultura un ancla permanente para su tarea de reflexión. La aportación enciclopédica o la anotación crítico-filosófica a lo largo de la lengua obra del estudioso mexicano así lo evidenciaba.

Para Reyes, Bello ejercía el patriarcado de las letras americanas. Su estirpe intelectual quedaba unida a las de Sarmiento, Darío, Montalvo, Rodó, Martí, Ramírez, Barreda, Sierra, Hostos, Díaz Rodríguez y Lugones, entre otros. En clave lingüística, el nombre de Bello sería para Reyes el primado americano en el estudio de la lengua, trascendiendo su magisterio en los venezolanos González y Acosta, los colombianos Cuervo, Caro y Suárez y el mexicano Rafael Ángel de la Peña. En poesía, especialmente en las silvas americanas (*Alocución a la Poesía y La agricultura de la zona tórrida*), Bello se abre paso como fundador de una estética nueva, solo anticipada por la *Rusticatio mexicana*, del jesuita Landívar. Los órdenes bellistas quedarían señalados en muchas páginas de la obra Alfonsina. Reyes visualiza su camino de venerador bellista cuando vindica y reafirma al astro libertario y precursor. En suma, reafirma y vindica la necesidad de comprender el aporte de Bello en la fragua de la sapiencia americana, de la que él también formó parte privilegiada ■

mar su furia y deducir también que todo pasa, como cuando se aguarda a que amane una tormenta.

Está en el televisor y aunque lo apague él sigue rugiendo. Tiene su propia cadena, en horario de máxima audiencia, pero como una súper estrella de carrera meteórica, cuando se extinga, caerá en el olvido.

Me entero que a una amiga el volcán le arrebató su casa y la casa de su madre y la de su hermana.

Imposible dejar señales



ACUARELA DE
MARÍA JOSÉ
ALEMÁN, UN DIBUJO
ORIGINAL PARA
ESTAS PÁGINAS
DEDICADAS A LA
ERUPCIÓN, ESTE
LUNES 19 DE SEP-
TIEMBRE HACE UN
AÑO, DEL VOLCÁN
DE TAJOGAITE, EN
LA ISLA DE LA
PALMA. MARÍA
JOSÉ ALEMÁN ES
POETA Y EJERCIÓ
DURANTE UN TIEMPO
COMO PERIODISTA.

para desandar el camino. El volcán, como una goma, borra toda posibilidad de retorno al anterior sitio, a la casa del recuerdo, al lugar del encuentro.

Cómo se escribe un territorio, un canto que explique otro trayecto, cómo es dejar que pase el tiempo que tarda en crecer la hierba.

Sobre el papel por el que avanzo cuando avanzo y retrocedo cuando escribo. Un montículo inmaterial, acostado.

Se desvanece la montaña.

La erosión es el poema que tumba al desasosiego.

Un final que se parece a un principio. Si al nombrarlo aparece, también puede desaparecer.

Gracias al volcán no me resulta tan difícil comprender por qué hay gente que tira su lavadora al barranco.

Podría ser que, la creencia de que la naturaleza sobrelleva nuestras torpezas, tenga algo que ver con que aquí la tierra se abre y se traga todo, hasta nuestros sueños se traga ■